

BIBLIOGRÁFICAS

TROCONIS DE VERACOECHEA, Ermila. 2002. *Orígenes de la pobreza en Venezuela*. Caracas: Academia Nacional de la Historia (Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, Serie Estudios, Monografías y Ensayos, N° 184).

Horacio Bjord*

En estos momentos en los que la crisis política y la crisis económica sacuden hasta sus cimientos a la sociedad venezolana, el tema de la pobreza adquiere no sólo una gran actualidad sino también una extraordinaria importancia para comprender las causas estructurales de la situación que vive el país. Parecería que estamos en una coyuntura excepcional: el final de una época y el inicio de otra, contrastante con la anterior.

Tal vez sea éste un momento de verdadera trascendencia en la historia de Venezuela, como lo fueron, en el siglo XIX, las Guerras de Independencia y la Guerra Federal. Ambos constituyeron períodos de transición violenta hacia un nuevo orden de cosas: una especie de anti-estructura que generaría una nueva estructura, distinta a la previamente imperante. Ambos períodos afectaron fuertemente la economía del país y profundizaron la pobreza.

Las transiciones del siglo XX, en cambio, fueron menos violentas y menos traumáticas para la economía debido a las rentas petroleras: “es sólo con el boom petrolero que Venezuela comienza a entrar en otra etapa de su historia” (p. 167, negritas en el original), como expresa acertadamente la Dra. Veracoechea en su libro. Así, pues, en este momento la crisis política y la crisis económica develan una crisis más profunda, una crisis estructural que genera las otras dos a las cuales está inextricablemente unida: la crisis social. Aspecto fundamental de esta última, a la vez parte de la crisis económica y de la crisis política, es la pobreza de la sociedad venezolana. Generadora del fenómeno de la marginalidad urbana (cuya superación constituye tanto para Venezuela como para toda América Latina la gran prioridad del siglo XXI), la pobreza es, sin duda, un tema que convoca por igual a los estudiosos de todas las llamadas ciencias sociales y humanísticas.

En este contexto, el libro de la Dra. Ermila Troconis de Veracoechea viene a constituir una significativa contribución y un valiosísimo estímulo al estudio de los orígenes de la pobreza en Venezuela. Se trata, en palabras de la autora, de “una investigación histórica sobre el fenómeno de la pobreza en tiempos de la conquista y la colonia, llegando a los años de la Guerra de Independencia y de la Guerra Federal” (p. 9).

* Departamento de Antropología. Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas. Apdo. 21.827. Caracas, 1020-A. Venezuela. Dirección electrónica: hbjord@reacciun.ve

El libro de la Dra. Veracoechea estudia el fenómeno de la pobreza durante la época colonial, las Guerras de la Independencia y diversos momentos del siglo XIX, con especial énfasis en la Guerra Federal. Mediante el estudio de casos, examina situaciones históricas concretas, formulaciones legislativas orientadas a superar la pobreza o incluso causantes de ésta (como las medidas adoptadas durante las Guerras de la Independencia por los dos bandos enfrentados con la finalidad de recabar fondos para el mantenimiento de las actividades bélicas), medidas adoptadas por los diversos gobiernos y sus efectos sobre los diversos componentes de la sociedad venezolana. Como señala la autora, “la pobreza causada por las luchas independentistas iba alcanzando los estratos más altos de la población. [/] La política de secuestro de bienes de todo tipo; haciendas, hatos, esclavos, frutos, etc. a quienes más perjudicaba era a los ricos, que eran despojados de sus bienes para con ellos mantener la guerra. [/] Esta economía de guerra era igualmente aplicada, en los mismos términos, por patriotas y realistas, pues ambos grupos necesitaban dinero, víveres, joyas, ganado, ropa, etc. para poder atender a las ingentes necesidades de los soldados y de la población esclava e india que se sumaba a sus filas” (p. 144).

Un mérito especial de este libro lo constituye el enfoque de género expresamente adoptado por la autora como uno de los hilos conductores de su análisis. Mediante este enfoque, se aborda la situación de la mujer venezolana y su relación con el asunto central del libro: los orígenes históricos de la pobreza: “he tratado en todo momento [dice la autora] de incluir [en el estudio] cómo afectó la pobreza al sector femenino en las distintas etapas de su participación dentro de esa sociedad en formación, ya que es obvio que la mujer sufrió igual y a veces más que el hombre, los avatares de mala situación económica y las guerras, por ser mujer, esposa y madre” (p. 9). Desfilan por las páginas del libro casos de mujeres mantuanas, de blancas de orilla, de mujeres pardas, de esclavas negras y de mujeres indígenas.

La autora precisa oportunamente cómo las mujeres mantuanas desconocían la situación de mujeres de otras clases o grupos sociales: “Las mujeres blancas de familias distinguidas, hijas de blancos peninsulares o de blancos criollos, generalmente eran casadas con hombres de su misma condición socio-económica, para así mantener la “pureza” de la sangre y la unión de los caudales. Pocos sabían ellas de las vicisitudes de la pobreza. Las casas coloniales con su jardín central y sus cuatro corredores circundantes eran testigos de la vida familiar, donde las jóvenes privilegiadas nada conocían de las dificultades de otras familias, que carecían de una estabilidad económica que las hiciera merecedoras de igual nivel social” (p. 19). Esta ignorancia de la pobreza no es sólo relevante en sí misma, sino que simboliza la ignorancia de fenómenos como la exclusión social, el racismo o la invisibilidad. Esto lleva al venezolano promedio (y, en general, al latinoamericano) a subestimar o invisibilizar al máximo lo que no le atañe o afecta en forma directa. Se trata de un razonamiento de este tipo: en Venezuela no hay exclusión porque ni yo ni mi familia, ni mi grupo, ni mi clase, somos excluidos; o no hay racismo porque “nosotros” no somos víctimas de racismo, ese desprecio absurdo e inhumano; ni existen otros pueblos (indígenas, afrovenezolano, etc.), otros grupos, otras culturas, otros idiomas, porque ni yo ni los

míos (“nosotros”) los vemos. Pero no es la mirada o la aceptación de un grupo lo que sustenta la existencia de otro. Los grupos sociales, los pueblos, las sociedades, existen en virtud de su historia, de su organización interna, de su cultura, de su identidad, de su conciencia grupal. El rehusarse a admitir su existencia es una sola y única negación de la otredad, de la alteridad social, cultural y lingüística, en sus más amplias dimensiones.

Con la fundación misma de la República nacen contradicciones estructurales todavía no resueltas, derivadas de la imposición de un proyecto político de clase sin la consideración de la especificidad (social, cultural, económica, jurídica, lingüística etc.) de otros sectores excluidos. Como señala la autora, “los mantuanos, dueños de tierras y esclavos, constituían un grupo económicamente poderoso que, aunque explotando a las clases más desposeídas, habían logrado enriquecerse y formar una élite terrateniente configurada por varias familias emparentadas entre sí, que ejercían un dominio social y económico sobre el conglomerado, aunque carecían del dominio político que era ejercido por los funcionarios españoles designados por el Rey” (p. 113). Ahora bien, la construcción de un nuevo proyecto político para Venezuela debe hacerse desde una perspectiva de concordia y diálogo nacionales, sin la exclusión de ningún sector. El conocimiento de la historia nos debe alertar colectivamente sobre errores cometidos en el pasado. La sola evocación épica, manipulada e incompleta, de ese pasado o de figuras aisladas de su contexto (entendido en todos sus niveles espacio-temporales: local, regional, mundial), por más importante o enfatizadas por la historiografía oficial, puede acarrear problemas tan graves como los que anhelamos superar. El reconocimiento de quienes han sido negados y excluidos necesariamente debe ser doble: simbólico y material. Ahora bien, reconocer simbólicamente sectores excluidos, pero negándoles una vez más las reivindicaciones materiales a las que tienen derecho es una conducta políticamente suicida de graves consecuencias colectivas (es decir, “nacionales”).

Así pues, en los orígenes de la pobreza también podemos encontrar los orígenes de otros desequilibrios estructurales que ayudan a comprender los problemas actuales de Venezuela. Como bien apunta la autora la “bonanza de los mantuanos no llegaba hasta las clases desposeídas, como indios, esclavos y pardos, cuyas inquietudes sociales se van manifestando en levantamientos y descontento que a finales del siglo XVIII se van a hacer más notorias en varios puntos del ámbito provincial” (p. 116.). Estos fenómenos no deben menospreciarse ni desde el punto de vista diacrónico ni del análisis sincrónico de la actualidad venezolana: “Los movimientos de las “clases bajas” se iban extendiendo: los negros y mulatos libres buscaban la igualdad social; los esclavos, su libertad. El denominador común era el deseo de venganza contra los amos y la esperanza de romper con el dominio de los blancos” (p. 118). Estas apreciaciones nos deben alertar sobre los correctivos que necesariamente han de introducirse en un nuevo proyecto político, más inclusivo, más democrático y también económicamente viable.

Las alusiones a los diversos segmentos sociales de la actual Venezuela y su situación de pobreza pueden servir al lector de punto de partida para diversas reflexiones. Como sostiene la autora, “durante la expansión económica entre 1950 y 1980 los pobres de Latinoamérica no se favorecieron en nada y, por el contrario, aumentó la desigualdad entre ricos y pobres. Esta situación hizo que las más perjudicadas fueran las mujeres, quienes debieron ingresar al mercado de trabajo pero manteniendo sus obligaciones domésticas” (p. 166). A esta situación estructural de pobreza, se debe añadir la exclusión y la invisibilidad de diversos grupos sociales (como indios y negros) así como el racismo oculto y la consecuente exclusión social. Por ejemplo, señala la autora que “después de la guerra [de Independencia] no era raro encontrar por los caminos y veredas antiguos esclavos deambulando en busca de algún trabajo o pidiendo limosna o, en el peor de los casos, asaltando a los transeúntes para poder comer” (p. 150). Otra causa de la pobreza considerada por la autora en su análisis son los desastres naturales. Es probable que mucho de estos desastres (como inundaciones y deslaves, por ejemplo) hubieran podido evitarse mediante un conocimiento más amplio y profundo del entorno ambiental. Me refiero, por ejemplo, a los conocimientos tradicionales de los pueblos indígenas que los llevarían a evitar ciertas zonas y a preferir otras para levantar sus sitios de habitación y plantar sus conucos.

El libro incluye además un interesante apéndice que es una carta firmada en 1687 por 14 supuestos caciques (la mayor parte de ellos de la región centro-norte del país) sobre la eliminación del servicio personal de los indios. Igualmente se incluyen sendos índices onomástico y geográfico que ayudan a consultar la obra.

Sirvan las palabras finales de la autora para resaltar la importancia del tema de este libro: “la violencia bélica de tiempos pasados se ha transformado en este siglo XXI en la *violencia de la pobreza*, que en algunos casos llega a niveles críticos, no sólo en Venezuela sino en otros países de la región [Latinoamérica] y del mundo entero. Salir de esta situación desde el gran reto de la humanidad” (p. 167, negritas en el original).

La lectura de esta documentada obra invita a pensar no sólo la pobreza en nuestro país sino fenómenos estrechamente relacionados con ésta como la exclusión, el racismo y la invisibilidad social. Y la autora logra, precisamente, este carácter sugeridor al abordar grupos usualmente excluidos o invisibilizados por la historiografía, como mujeres, indios y negros.